





MÚSICA,
SIMPLEMENTE MÚSICA



Sara Romón

MÚSICA,
SIMPLEMENTE MÚSICA



Primera edición: enero 2019
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Sara Romón
© Fotografía de portada Javier Fuster García
ISBN: 978-84-17548-56-8
ISBN digital: 978-84-17548-57-5
Depósito legal: M-41246-2018

Editorial Adarve
C/ Marcenado 14
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para ti,
en quien habita mi luz*



PRÓLOGO

Mezcla explosiva de amor, odio, avaricia y orgullo, de incertidumbre, de inseguridad, de posesión, de necesidad, de pasión, de tiempo, de tristeza... Definir esa emoción es tan complejo como fácil es sentirla. Insultantemente fácil, irremediabilmente absurda.

Aquellos que digan que nunca han sentido celos, mienten y se mienten a ellos mismos, y no hay nada peor que el autoengaño.

Todos hemos amado con mayor o menor intensidad, a una sola persona, a varias... no importa. Los celos no son buenos, los celos se alimentan de dudas, de miedo, de incertidumbre, se alimentan de nuestros conflictos internos, de nuestros fallos emocionales, de nuestros pensamientos más oscuros, porque nadie es completamente luminoso, nadie es completamente bueno y alcanzar la perfección solo es un síntoma más de tinieblas. Todos tenemos esas dos partes, esa bipersonalidad, esa luz y esa oscuridad que a veces aflora, todos tenemos nuestras tormentas, nuestras luchas contra nosotros mismos y todos sufrimos y reímos y acumulamos.

Por eso los celos son tan frecuentes, por eso los celos son un arma tan peligrosa y tan potente, porque, aunque sean malos, aunque sean oscuros, los celos van unidos al amor. Porque es el amor el que nos provoca las mayores tormentas emocionales, es el amor lo que nos mueve, y nos lleva hasta los lugares más insospechados. Las locuras más grandes, se hacen siempre por amor, los crímenes más imperdonables, se cometieron en su nombre. El amor es la fuerza más poderosa del mundo, si no amásemos, nada tendría sentido.

Por eso, los celos siempre van a estar ahí, provocando los mayores enfados, las mayores decepciones, los mayores errores.

Porque, si no hubiera celos, ¿por quién lucharíamos?

Los celos existen, y quien quiere, lo sabe.

Parte 1.

Sol y lluvia



Capítulo 1

La una y media del viernes..., mi alma se expandió en busca de libertad cuando por fin acabaron las clases. Miré el cielo cuando salí por la puerta, hacía un día precioso, sol y lluvia ligera..., absolutamente perfecto. Me detuve en las escaleras, cerré los ojos y dejé que los rayos me acariciaran lentamente mientras el sirimiri mojaba mi rostro. Alguien me tocó el hombro.

—Victoria —una voz suave, dulce, la voz de Lena—. ¿Puedes abrir los ojos, por favor?

Los abrí y la miré, mientras, de forma inconsciente, me arreglaba la ropa y el pelo.

—¿Qué ocurre?

—No quería molestarte, perdona.

Sonreí con dulzura, a todos los alumnos de esa exclusiva y carísima universidad se nos exigía la aplicación de ciertos valores y comportamientos muy anticuados mientras nos encontrábamos en sus terrenos, pero Lena era un caso aparte, tímida y correcta hasta lo increíble, dentro y fuera, no conocía la malicia y una crítica, una frase algo dura o un tono más elevado de voz hacía que se le llenasen los ojos de lágrimas y que su sonrisa dulce, amable y comprensiva desapareciese bajo una mueca de desolación y disculpa.

—No pasa nada, ¿sucede algo?

—El lunes entregamos el proyecto, te mandaré mi parte lo antes posible.

—No te preocupes, cuando puedas y gracias.

—De nada —sonrió y comenzó a bajar las escaleras con su

paso comedido, se detuvo y clavó sus ojos azules en los míos y me llamó—. Victoria.

—Dime.

Ella sonrió ampliamente, y yo intenté colocarme el pelo en su sitio, ese mechón no parecía dispuesto a doblegarse a mis deseos.

—Por más que te coloques el pelo no vas a conseguir estar más guapa de lo que estás ahora mismo.

La sorpresa hizo que me detuviera y la mirase asombrada, ella se despidió con la mano, encantada por haberme provocado esa reacción y yo le dirigí una sonrisa deslumbrante e incliné la cabeza, agradeciendo el cumplido. La despedí imitando su gesto, respiré hondo y dejé que mi pelo cayera con todo su peso sin preocuparme más por su aspecto.

Una mano se enlazó con la mía. Cris, rubia, vivaracha y atrevida. Mi mejor amiga desde el día que nos conocimos. La adoraba por su carácter extrovertido y decidido.

—Hola amor —me miró, con su amplia sonrisa de marcados hoyuelos, y yo alcé la vista para clavarlos en sus ojos y le contesté con la misma fórmula—. He hecho planes para nosotras —fijé mis ojos en los suyos, con gesto inquisitivo, ella medio sonrió, sin amilanarse lo más mínimo—. Hemos quedado para tomar un café.

Enarqué las cejas.

—¿Ah sí? ¿Con quién? —murmuré molesta, habíamos hablado de ir a la biblioteca y no me gustaban los cambios imprevistos—. Habíamos hablado de estudiar.

Me sorprendió la serenidad con la que lo dije, odiaba que Cris cambiase nuestros planes por su cuenta y eso solía reflejarse en mi voz. Suspiré, resignada y despejé la mente, tampoco importaba, estudiaría unas horas y luego iría de compras. Al escuchar mi suspiro, Cris entrecerró los ojos, intuyendo ya cual iba a ser mi decisión, y comenzó a parlotear mientras me acompañaba hacia mi coche y yo hacía un titánico esfuerzo por comprender todas sus palabras.

—No me puedo creer que te lo vayas a perder. Pero bueno, allá tú. Ni siquiera sabes con quién he quedado —tampoco tuve que

molestarme en responder, igual que pasaba siempre, contestó ella misma a su pregunta—. ¡Con Maca y Daniela! Venían al mismo colegio que nosotras ¿te acuerdas? Dani está en Magisterio. Maca es esa chica a la que expulsaron, ya sabes, la que se supone que se enrolló con el jefe de estudios —enarqué las cejas, recordaba esa época perfectamente. Pero no había vuelto a pensar en ella desde que se acabaron los cotilleos—. Me encontré a Daniela ayer en una cafetería, con varios de sus amigos, me los presentó y son... interesantes se queda muy atrás, me invitaron a ir a tomar algo esta tarde y claro, yo acepté, era imposible no aceptar, no sabes lo buenos que están. Y tú te lo vas a perder, porque eres una sosa antisocial —le saqué la lengua y ella se encogió de hombros y miró por encima de mi hombro—. Oh mira, ¡ahí llegan!

Oí el ruido de unas risas, me volví y las vi llegar, Maca, pelirroja y exuberante, y Daniela, morena y exótica, venían casi bailando por el aparcamiento, llegaron a nosotras y Daniela me saludó, risueña y cariñosa, mientras Maca nos examinaba con una mueca de desprecio que preferí ignorar. Dani comenzó a hablar con Cris y yo me quedé al margen, presumiendo que la conversación no iba conmigo.

Quería irme, pero mis modales me obligaban a no interrumpir una conversación ajena, y también a no marcharme sin despedirme, así que me quedé allí, incómoda, dejando vagar mis ojos. Cuatro motos se acercaron por la carretera, y pararon frente a nosotras, apagando los motores y quitándose los cascos. Daniela se volvió hacia ellos, sonriente saludó con la mano y gritó.

—¡Eh!, venís todos ¿No? —hubo un asentimiento general y se volvió hacia a mí—. Vicky, ¿Te vienes tú también? Venga... di que sí... por favor.

Sonreí y negué con la cabeza, ligeramente fastidiada porque me hubiese llamado Vicky, un diminutivo de mi nombre que siempre había odiado.

—Prefiero Victoria —corregí de forma automática, ella hizo una mueca de disculpa y yo le resté importancia con una sonrisa—.

No, yo no, gracias, pero me tengo que ir a casa

—¡Pero nos lo pasaremos bien! Vente, por favor.

Suspiré y negué con la cabeza.

—No, Dani, de verdad, tengo que estudiar, de todos modos, gracias por invitarme, id vosotras y pasáoslo bien.

Maca me miró.

—¿Te damos miedo o qué? —espetó—. Claro, puede que nuestra vida sea demasiado intensa para alguien como tú.

Sonreí e incliné la cabeza con un asentimiento aristocrático y delicado pensando para mis adentros una serie de apelativos poco educados que podía espetarle a la pelirroja y señalando en mudo silencio por donde podía meterse su «intensidad».

—Si tú lo dices Macarena, cielo.

Le sonreí, condescendiente, Maca me fulminaba con la mirada y su cabello rojo parecía chisporrotear, yo la ignoré, porque algo atraía mi mirada tras ella. Un chico se acercaba a nosotras. Se plantó en medio, me sonrió y me dio dos besos, descolocándose.

—Hola, me llamo Borja.

Sonreí, y le observé detenidamente, había algo que no encajaba en su físico, era atractivo, de altura media, delgado, aunque parecía fuerte, pelo rubio y rizado. Me esforcé en aislar el factor discordante y ahí estaba, sus ojos eran lo que me había descuadrado, tenía una heterocromía parcial, el ojo derecho era azul y el izquierdo azul y marrón, resultaba llamativo. Era una mirada que poseía una chispa divertida de locura y amabilidad, y hacía gala además de una amplia sonrisa, sincera y distraída de dientes rectos y blancos. Me cayó bien de inmediato.

—Victoria.

Y entonó la cancioncilla esa del anuncio de ING de hace años.

—Ya lo sabía... —me sonrió, guasón y casi petulante, esbocé una sonrisa. Miró a Dani— ¿Nos vamos o no? ¿Tú también te vienes, guapa?

Dani me miró, y puso ojitos, negué con la cabeza con una mueca de disculpa, suspiró...

—Sí, nos vamos ya.

Borja me miró y volvió a sonreírme.

—Al menos vendrás esta noche ¿verdad?

No esperó respuesta, se fue hacia los chicos y lo observé alejarse. Borja se paró junto a uno de ellos, dándole un puñetazo suave en el hombro, estaba de espaldas y tenía el pelo oscuro y ondulado, llevaba una camiseta que le ceñía los hombros y destacaba su musculatura, definida y marcada, tenía los brazos curvados sobre el pecho, la cintura era estrecha, seguí bajando los ojos en mi recorrido, unos ajustados vaqueros Armani de color negro realzaban una preciosa retaguardia. Se apoyaba con perezosa elegancia en su moto y su postura era falsamente relajada, para un observador atento, como yo, transmitía agresividad y elegancia, resultaba casi aristocrática. Me embargó la curiosidad. Sacudí la cabeza y me giré hacia Cris y Dani, esperando que mi rápido escrutinio hubiese pasado desapercibido.

—Entonces... ¿vais a salir esta noche?

—Eso parece —dijo Cris, sonriente—, ¿vendrás?

Asentí y Dani sonrió entusiasmada, Maca la fulminó con la mirada y se fue a reunir con sus amigos, Dani se encogió de hombros.

—Vale, ¿sabes dónde está Cinema?

—Sí, claro.

Ella sonrió, satisfecha

—Bueno, pues estaremos allí sobre la una, más o menos, saluda a los porteros, se llaman Roberto y Daniel, pregúntales por Pepe y di que vas de parte de Borja o mía, no te pondrán problemas y te llevarán al reservado.

—De acuerdo.

Sonreí y Dani fue corriendo con gracia hacia su grupo, riendo, Cris me besó en la mejilla y la siguió, cuando llegó, Borja le tendió un casco y ella subió detrás de él, poniéndoselo. De forma unánime arrancaron las motos y aceleraron, todos se marcharon, dejándome sola. Suspiré y me subí al coche, arranqué, encendí la música, su ritmo rápido y acelerado hizo latir mi corazón y sonreí,

rápidamente me incorporé a la carretera, era terreno conocido y me relajé al volante tarareando la canción que sonaba en ese momento.

El coche escoró hacia la derecha, intenté no alterarme y mantuve el volante firme, intentando estabilizarlo. Me detuve en el arcén. Apagué el motor y me bajé del coche, le di la vuelta y me agaché junto a la rueda, «mierda». Abrí la puerta y me lancé por el bolso en busca del móvil. «Apagado. Sin batería. Me cago en la puta. No digas más palabrotas Victoria». Suspiré, tendría que cambiarla sola. Respiré hondo, tratando de seguir calmada, me coloqué la camisa y me estiré, tenía que pasar a la acción, no podía quedarme allí. Abrí el maletero y saqué los triángulos, tratando de recordar a cuantos pasos tenía que colocarlos, «uno, dos, tres»,... Llegué a 100 y coloqué el triángulo e hice lo mismo en el otro lado, rebusqué hasta que encontré el gato, me arrastré debajo del coche, manchándome los vaqueros y miré donde se suponía que había que ponerlo, no tenía ni idea, salí de debajo y me aparté el pelo de la cara, estaba sudando, «asqueroso», cogí un lápiz del bolso y me hice un recogido rápido, solté varios botones de la camisa empezando desde abajo, me hice un nudo dejando al aire mi tripa y me dirigí a sacar la rueda, la agarré, resoplando, pesaba mucho, tiré hacia atrás con toda la fuerza que pude y el empuje me hizo trastabillar hacia atrás.

Unas manos impidieron que me cayera, sujetándome por la cintura.

—¡Cuidado!

Solté la rueda por la sorpresa y me giré rápidamente, frenética, me tropecé y caí, aparatosamente de espaldas hasta quedar sentada sobre la rueda.

—¡Joder! —mi corazón latía a mil por hora, una mano interrumpió mi campo de visión y yo miré al dueño de esa mano. Unos ojos verdes, abrasadores, cautelosos, inteligentes, profundos, electrizantes, con un rastro de diversión..., el pelo moreno y ondulado y una sonrisa traviesa dibujada en su boca magníficamente esculpida, mi corazón se ralentizó de golpe, casi se detuvo de la im-

presión. Era muy alto, muy guapo, con los hombros anchos... mi ideal físico masculino, perfecto. «Perfecto físicamente». Murmuró mi subconsciente. «Siempre tan critica». Me reñí a mí misma. Amplió la sonrisa al ver la cara de idiota integral que debía estar poniendo. Respiré hondo y me decidí a dejar de hacer el ridículo, le agarré la mano y él tiró de mí con firmeza para ponerme de pie—. Gracias.

—De nada, ¿cómo se te ocurre coger esa rueda si pesa más que tú? Lo suyo es que llames a la grúa si una tarea te viene grande.

Fruncí el ceño.

—Tengo el móvil sin batería, ¿por qué insinúas que me viene grande?

Él comenzó a reírse, tenía un risa musical, grave y melodiosa, profundamente masculina. Cogió la rueda sin esfuerzo, la dejó apoyada, se agachó en el lado izquierdo del coche, colocó el gato y comenzó a subir el coche con precisión. Me miró, había burla en sus ojos.

—No te sulfures preciosa, no es un ataque a tu feminidad —sus ojos me examinaban con atención y me sorprendió que hubiese adivinado por donde iban mis pensamientos—. El mejor mecánico que conozco es mujer. Y no insinúo, digo claramente que te han debido regalar el carnet, porque eso de no saber cambiar una rueda...

Sentí colorearse mis mejillas.

—Pero ¿quién te crees que eres?

—El que te está cambiando la rueda, anda, deja de hacerte la ofendida y pásame la llave.

—¡No te voy a dar las llaves del coche!

Él me miraba, con la incredulidad claramente definida en su expresión y yo caí en lo que me había pedido y me ruboricé. «Idiota». Se mordió los labios y me echó una mirada de conmiseración. «Me lo merezco».

—La llave de cruz, la que se usa para cambiar las ruedas.

—Ya, ya.

La cogí del maletero y se la acerqué, muerta de vergüenza. Me alejé y lo observé, trabajaba rápido y con eficiencia, no malgastaba ni fuerza ni tiempo. Me sonaba su aspecto, traté de averiguar donde lo había visto, pero no se me ocurría nada, tenía una figura estilizada de musculatura definida, pero no aislaba el detalle que me había provocado la sensación de familiaridad. Analicé sus palabras, y caí en que tenía un acento musical. «¿Italiano?» Eché una ojeada y vi una moto negra aparcada cerca y un casco encima del asiento.

—Pues ya he terminado.

Me di la vuelta, había cogido la rueda pinchada y la metía en el maletero.

—Gracias. Has sido muy amable.

—Amabilidad es mi segundo nombre —lo dijo con una brillante nota de ironía, frotándose las manchas de grasa de las manos contra los vaqueros Armani, «un crimen», lo fulminé con la mirada—. Hoy ha sido tu día de suerte.

Le miré, desconcertada.

—¿Mi día de suerte? He pinchado.

Él se acercó a mí, con esa sonrisa amplia y traviesa, con una mirada cazadora e intensa.

—No todas las veces que pinches te cambiará la rueda un tío como yo.

La boca se me abrió de la impresión, boquiabierta por el ego que destilaba.

—Un tío cómo tú. ¿Qué quieres decir con eso?

Su sonrisa era deslumbrante.

—Soy espectacular, mujer, me mirabas embobada, y además ¿cómo has dicho? «Amable», sí, eso, «amable» —seguía cerca de mí, ahora podía olerle, tenía un aroma profundo e intenso. Mi instinto tomó las riendas y me erguí, plantándole cara, desafiante, intentando parecer despreocupada e indiferente, me perturbaba su sonrisa—. ¿Cómo te llamas?

Le lancé una mirada furiosa y levanté la barbilla, orgullosa.

—Victoria, ¿y tú? ¿Cuál es tu nombre de macarra?

Comenzó a reírse, esta vez a carcajada limpia, y apareció en su mirada un chispazo de reconocimiento apreciativo, podía sentir el calor que desprendía su cuerpo.

—No tengo nombre de macarra, pero, para abreviar, puedes pensar en mi cómo en Veinticinco.

Me dejó totalmente descolocada y la curiosidad se escapó por mis labios antes de poder contenerme.

—¿Veinticinco? ¿Por qué? —Amplió su sonrisa, enarcó las cejas con malicia, hizo un gesto elocuente hacia su entrepierna y yo me ruboricé hasta quedar como la grana cuando comprendí a que se refería, me eché hacia atrás, nerviosa, tropecé con mis propios pies y él me sujetó colocando las manos en mi cintura, yo respiré hondo, clavé mis uñas en las palmas y me tragué el nerviosismo—. ¿No eres demasiado optimista?

Él seguía sonriendo. Miré a mi alrededor, repentinamente nerviosa por el modo en el que sus ojos se clavaban en mí y sus manos se afianzaban en mi cintura, donde encajaban con sencillez y naturalidad, como si estuviesen hechas para posarse en ella. Me cogió de la barbilla con una fuerza impresionante y clavó sus ojos en los míos, me encogí ante esos ojos, ardientes, totalmente impactantes y desafiantes, con un trasfondo oscuro y peligroso, y me encontré yendo más allá, y viendo, en el fondo de su mirada, un desgarrador aullido, total y absolutamente marcado por la pena. Por un momento quise alejarme, pero esa mirada me había desarmado, me quedé muy quieta, buceando en sus ojos verdes, llenos de misterios y promesas y me pregunté qué buscaba en los míos con tanta insistencia.

Mi corazón empezó a latir con violencia, tratando de escapar de mi pecho. Su dolor estaba abriendo un agujero en mi pecho y entreabrí los labios, buscando el aire que se me escapaba, entonces se alejó, montó sobre su moto y solo me miró una vez antes de ponerse el casco y arrancar.

—*Ciao bella!*

Yo rechiné los dientes, alterada y aturdida. Lo vi marcharse, le

1 «Adiós guapa». Traducción del italiano.

di una patada de desesperación a la rueda y chillé de rabia. Sacudí la cabeza. No debía perder los nervios.

Capítulo 2

La una y cinco. Salí del coche, un espléndido Bentley negro conducido por mi leal Tomás, sonriendo, excitada, Tomás me llamó desde el coche.

—Vaya con cuidado señorita.

—Claro Tomás.

Le dediqué una sonrisa de agradecimiento y cariño, él respondió con otra llena de dulzura.

—Llámeme cuando desee volver a casa, ¿de acuerdo Victoria?

—No te preocupes por mí, estaré bien.

Me detuve en la alfombra roja y miré hacia el coche, levanté la mano para despedirme, Tomás arrancó y al cabo de unos segundos desapareció. Recorrí la alfombra roja con la vista, dos enormes gorilas custodiaban la puerta y me miraban fijamente, pero no era ese mi destino, Cris me había mandado un mensaje. Alguien me cogió por los hombros con un susurro.

—Victoria.

Me volví, sonriente, era Borja, le besé en la mejilla, él se despeinó, con una sonrisa ladeada y sus ojos me examinaron con reacia admiración. Me sentí halagada al ver su expresión, que dentro de ser admirativa, tenía un trasfondo de respeto y me alegré sobremanera de haber elegido esa ropa, un mono negro, de tirantes, escote pico y con la espalda descubierta hasta la base. Lo había combinado con unos salones de tacón, plateados, de *strass*, una serie de collares y unas pulseras en la mano izquierda, en la derecha llevaba el reloj de Tiffany's. Una cartera gris perla

y una americana de *paillettes* que llevaba en la mano completaban el conjunto.

—Hola Borja, ¿y el resto?

Se puso un dedo sobre los labios, reclamando silencio. Y yo sonreí, agradablemente sorprendida por lo fácil que era ser natural con él. Me tomó de la mano y me guió hacia unos soportales cercanos, yo permanecí muda. Allí estaba sentado un grupo enorme de gente, Borja se disculpó.

—Lo siento, hay redada dentro, y alguno de nosotros lleva encima... ciertos objetos indebidos, por eso le pedí a Cris que te avisase.

Asentí, comprendiendo, una parte de mí, la que había sido educada en los valores, se estremeció «donde me estoy metiendo».

—Vale, vale...

Él me miró riendo.

—Tranquila, son solo algunas cosillas de comercio, carnets falsos y esas cosas. Todo el mundo tiene que ganarse la vida. Venga, te voy a presentar.

Cris y Daniela se acercaron, Cris llevaba su rubia cabellera en un recogido deshecho y Dani... bueno, Dani, era Dani, exótica y encantadora, nadie podía llamar tanto la atención proponiéndoselo menos, hice una mueca y las besé en las mejillas, ellas me abrazaron.

—Estás súper guapa cariño y ¡llevas tacones! Vas a dejar de necesitarme pronto —Cris se mordió los labios, examinando mi atuendo con evidente aprobación—. Qué orgullosa estoy.

—*Dress to impress, baby*².

Sonrió, y reí, eché un vistazo a mi alrededor y atisé una mirada azul, tímida y clara, unos ojos que me sonreían, vergonzosos, reconocí a Lena sentada junto a un chico y me acerqué a ella, sorprendida.

—Hola Victoria.

Me saludó ella, tímida y fuera de lugar.

2 «Vestida para impresionar, nena». Traducción del inglés.

—¡Lena! —La abracé, contenta por tener allí a mis dos mejores amigas—. ¿Cómo es que estás aquí? Tú nunca vienes a estas cosas.

—Me han arrastrado.

Miré a Cris, con una interrogación acusadora en los ojos, sabía que era muy capaz de haberla arrastrado, ella se encogió de hombros.

—No la he arrastrado, no literalmente.

Me sorprendió la fuerza con la que Lena le contestó

—Irrumpir en mi casa con Daniela, sin avisar, con mis padres pasmados, que habrá que oírlos cuando regrese, meterme en la ducha y alisarme el cabello mientras Dani figa en mi armario. Ponerme esta ropa a tirones y sacarme a rastras de la casa. Montarme en la moto de un desconocido, —señaló con la cabeza al chico que estaba a su lado— que nada más obligarme vosotras a subir, acelera y no me baja hasta llegar aquí... Se le parece bastante, ¿no? Arrastrar es un buen término.

Cris se encogió de hombros, sin avergonzarse lo más mínimo.

—Bueno, pero no te lo estás pasando mal ¿no?

Lena puso los ojos en blanco, el máximo gesto de desdén que era capaz de hacer. Hice una mueca y me dejé llevar por la mano de Borja, que me fue presentando a todos los que estaban allí, Diana, Toño, Almu, Toni... los nombres pasaban tan fugazmente como las caras. Al final me quedé hablando con Cris, Leo, Borja y Dani. Una de las chicas, «Blanche», me susurró una vocecita en mi cabeza, se acercó.

—Borja, ¿sabes cuánto queda para que llegue Step?

Borja la miró.

—Ya está dentro Blan, ¿por qué?

—Porque no coge el móvil, tengo algo para él, y me tengo que largar, le he dicho a Kaman que no tardaría.

Maca se acercó por su espalda.

—Dímelo a mí, yo se lo diré después.

—No.

Maca puso mala cara e insistió.

—¡Vamos Blanche! Soy de confianza.

La mirada de Blanche podría haber cortado un cristal cuando dirigió su mirada hacia Maca.

—No me suele gustar repetir las cosas.

La pelirroja se encogió de hombros, adoptó una expresión enfurruñada y se cruzó de brazos, debía ser idiota o ir colocada para no echarse atrás ante esa mirada.

—Lo más probable es que me lo cuente luego. Step confía en mí.

Borja metió baza.

—Que te haya visto desnuda, no significa que confíe en ti para algo más importante que para echar un polvo. Parece que a veces se te olvidan los matices.

—No te metas en donde no te llaman Borja.

Me fijé en Cris, tenía esa expresión que yo conocía tan bien, estaba a punto de explotar.

—¿Pero qué es lo que no pillas Maca? Te han dicho que no, deja de hacer el ridículo.

El pelo de Maca pareció chisporrotear mientras la asesinaba con la mirada. La tensión se palpaba en el ambiente, tragué saliva, Dani se adelantó y agarró a Maca del brazo, ella se soltó de un empujón.

—Vete a la mierda, zorra traidora.

Dani se apartó, cómo si se hubiese quemado, no sabía si intervenir. Me adelanté un paso.

—Maca, las cosas no son así. No seas injusta.

Maca escupió en el suelo, justo a mis pies y se fue. Blanche suspiró y Borja abrazó a Dani que parecía a punto de llorar.

—Ya se le pasará y lo arreglaréis, ya sabes cómo es. No te preocupes, venga, vamos a divertirnos.

—Tienes razón, mañana hablaré con ella.

Blanche suspiró.

—Empiezo a estar un poco cansada de ver cosas como esta a diario. Ya somos mayorcitos..., menos mal que me dais trabajo y no solo disgustos.

Borja se rio.

—Será que tú no te lo pasas bien con nosotros, damos ambiente a la vida.

Blanche sonrió ante eso.

—A veces demasiado Borja —suspiró—. Me voy ya, Kaman se va a mosquear, dile a Step que ya lo tengo y que lo necesitaré el lunes por la tarde.

—Claro Blan, no hay problema, yo se lo digo. Dile a Kaman que se relaje, que ha sido por mi culpa, y que a ver si se pasa por aquí, que lo echamos de menos.

—Te veo en el curro el lunes.

Blan se fue, poniendo caras y sacándonos una sonrisa. Sonó una musiquita y Borja cogió su móvil con rapidez. Mientras hablaba por él, una lenta y simpática traviesa sonrisa se le extendió por la cara. Colgó, hizo un guiño a Dani y se subió en el murete, se llevó la mano a la boca y silbó para llamar la atención de todos.

—Tenemos vía libre, pero está el ambiente un poco caldeado. No jodáis mucho.

Romeo y Lena se acercaron, la mano de él envolvía la de mi amiga protectoramente. De repente fui consciente del alboroto que se había formado tras la carta blanca de Borja, que bajó del muro de un salto y levantó a Cris, haciéndola girar en el aire. Me sorprendió sentirme tan plenamente aceptada por este grupo que tan poco tenía que ver conmigo en realidad. Dani me cogió de la mano y tiró de mí.

—Venga cielo, vamos a pasárnoslo bien.

Nos dirigimos a la puerta, animadas, seguidas de cerca por todos los demás. Los porteros nos dejaron pasar sin hacer preguntas, dándonos unas pulseritas brillantes y saludando a Dani, Borja y a casi todos los demás por su nombre «Deben haber venido más veces». Al atravesar las puertas de cristal, un tipo nos sonrió.

—Por favor Dani, nada de líos.

Se me escapó una sonrisa, «está claro que los conocen». Dani le dio dos besos mientras íbamos hacia el guardarropa.

—Esta noche venimos de tranquis Pepe, no te ralles, ya sabemos que has tenido movida con la autoridad hoy.

Él enarcó las cejas, sabía que Dani no era del todo sincera, pero lo dejó correr y me examinó.

—A ti no te conozco, pero si vas con ellos eres bienvenida. Me llamo Pepe, guapa.

—Victoria —me presenté, le di dos besos, sonriente— es un placer.

Borja se acercó a nuestra espalda y nos abrazó por los hombros asomando la cabeza entre Dani y yo y mirando a Pepe.

—Lo siento Pepe, Victoria juega en otra liga.

Él se encogió de hombros aun sonriéndome, indicó a las del guardarropa que no nos cobrasen, y estas nos dieron los tickets. Me lo guardé en el bolsillo. Pepe nos acompañó hasta la puerta y nos abrió la cristalera que daba a la sala.

—Sed buenas.

Nosotras sonreímos y entramos, no del todo dueñas de nuestro destino, pero si, dueñas de la noche.